DAVID Y GOLIAT

HE visto al portaaviones "Franklin Roosevelt" en un noticiero, y le he saludado como a un viejo amigo. No con mayores méritos, dicho sea de paso, que Mark Twain a Eduardo VII cuando, en trance análogo, al ser presentado al rey y emperador, le espetó: "Ya nos hemos visto antes..." "¿Sí?", le repuso el monarca, inquiriendo en los desvanes de su memoria. "Sí—contestó el humorista americano—. Su majestad iba a la inauguración del Parlamento; yo estaba en la imperial de un autobús."

La primera vez que vi al "Roosevelt" fué en las aguas del Hudson, que araña las axilas de Manhattan con su mano color de acero. Era de noche y sus faros parecían pedir paso a los de millares de automóviles que corrían camino de Nueva York paralelos al río. Sin embargo, "cuando le fuí presentado", habían transcurrido muchos años y el "Roosevelt" sesteaba, familiar y dócilmente, sobre las aguas del puerto de Barcelona. Yo, fiel al deslumbramiento marinero que presidió mi infancia, subí a bordo de él sin cámara fotográfica, naturalmente, pero con los ojos muy abiertos. El "Franklin Roosevelt" y yo nos conocimos entonces; pero, con certeza, el portaaviones lo ha olvidado ya.

Yo no, claro; yo no lo olvidaré fácilmente; y ahora, al verle en ese noticiero le he hecho un guiño amistoso, una especie de "Yuuupi!", para ajustarme así a una onomatopeya que ha de serle grata, mientras le examinaba rápidamente, porque el noticiero no daba para más, pero con el mayor detalle.

Le he encontrado igual, con su buena salud de siempre, idéntico a sí mismo, con su plataforma erizada de aviones, en alguno de los cuales la hélice empieza a parecer anacrónica, con sus inmensos hangares, campos de deportes en las horas de paz, con su artillería a babor y estribor y con las grandes palas del radar huroneando los más distantes vecinos. Y me he rejuvenecido en casi tres años evocando aquella tarde de septiembre en que subí a su cubierta.

Buenas gentes barcelonesas, muchachas seducidas por la combinada magia del cine y del mar, algún que otro profesional y algún que otro aficionado, padres en función de magisterio, con el hijo de servicio; novios que encontraban en el comentario de cualquiera de sus detalles pretexto razonable para apretarse la mano, circulaban arriba y abajo, marcando una pacífica elipse de balneario sobre la recta y precisa losa del portaaviones.

En una de sus naves vi fotografiada la oficialidad que lo mandaba. Me llamó la atención el porcentaje elevadísimo que llevaba la gorra de visera calada, no reglamentariamente, sino al desgaire, con ésa inclinación un poco chula a que se propende en nuestras barriadas castizas, mantenida allí tranquilamente frente a la requisitoria del objetivo. Me llamó también la atención la juventud de aquellos rostros. Sospecho que su edad media no superaría los treinta y cinco años, ni aun con la atribución al capitán de la máxima —harto menguada, dicho sea de paso—que permiten las leyes de retiro norteamericanas.

El "Franklin Roosevelt" era—sigue siendo, y por muchos años—un espectáculo deslumbrador. Su organización interna, la coordinación y engranaje de sus movimientos me inspiró una serie de preguntas, bastante ingenuas e infantiles, que mi cicerone—un mocetón lleno de pecas que hablaba español con acento portorriqueño—contestó con una voz casi imperceptible.

El "Franklin Roosevelt", de vez en cuando cabeceaba parsimoniosamente, como si asintiera.

Hercúleo. Ese fué el objetivo que me pareció más apropiado. Un helicóptero ceñía su anillo al más elevado mástil y jugaba a espantarle las moscas desde la altura. En la presencia de uno de esos seres llenos de energía que cruzan el meridiano de su potencia física, uno, muchas veces, se dice a sí mismo: "¿Cómo es posible que "esto" pueda morir?"

El "Franklin Roosevelt" se encontraba entonces en esa misma sazón. Nervudo, ágil, presto a desatar en todos los puntos de la rosa de los vientos pájaros veloces mediante la simple pulsación de un botón en la torre de mandos, "primus inter pares", sobre la tierra, o, mejor, sobre la mar... (Ya le ha sido arrebatada esa primacía.) "¿Qué es lo que puede destruir este mastodóntico coloso—pensé—, esta maravilla?..."

Mi volteriano amigo Daniel Azona, que tiene un espíritu muy agudo, atinó inteligentemente a remover mi admiración noventa grados, a desviarla del gigantesco "Roosevelt" y a fijarla en un pequeño destructor, que, afanosamente, con una precipitación graciosa, buscaba la bocana del puerto.

—Eso es lo que hay que admirar —me advirtió, señalando los dos tubos lanzatorpedos que lucía a estribor.

Me fijé en ellos. Apuntaban su morro ceñudo y hosco desde la cubierta, y yo, por esa inevitable hipertrofia cinematográfica de que adolecemos los hombres de nuestro tiempo, no me sustraje a la idea de verlos caracterizados como personajes de Walt Disney, disparados, en una zambullida perfecta, sobre las aguas mediterráneas y buscando, con gesto de dogos peleadores, los dientes apretados, el mechón del pelo broncamente caído sobre la frente, la pulpa sensible del portaaviones.

—Ahí tienes —insistió— unas cargas de explosivo, un arpón, un pequeño mecanismo que le conduce hasta el blanco, y basta. Doscientos millones contra uno, cincuenta o sesenta mil toneladas contra la "quantité nègligeable" del torpedo, tres mil vidas contra un centenar. ¿Cuál es la verdadera maravilla? ¿El portaaviones o el torpedo?

Regresábamos a la costa en una de las falúas del "Roosevelt" y seguimos hablando sobre aquel tema sugestivo. No sé por qué hoy vuelvo sobre él. Pienso que, por bajo de las apariencias de un enorme desequilibrio externo, las fuerzas que pugnan en la vida están menos desniveladas de lo que a veces se cree. La lucha por la supervivencia, que es el drama cotidiano que se representa en las cancillerías, en las selvas o en los jardines se hace con armas disimiles, pero que pueden deparar el triunfo al rival más inesperado. El microbio abate al elefante, el torpedo al portaaviones, David a Goliat. Lo que hace falta es ser un buen hondero y arrojarse a tiempo. Buscar el talón de Aquiles, en Aquiles, claro está, y no en Héctor, pongo por caso, que puede llevarlo reforzado. Si siempre el más fuerte triunfase sobre el más débil la historia sería la más aburrida de las disciplinas, y no como lo es, la más varia, la que con más frecuencia nos deja suspensos y boquiabiertos con sus sorprendentes giros.

Esa es la lección que me traje de mi visita al "Franklin Roosevelt".

Por JOAQUIN CALVO SOTELO (De la Real Academia Española)

El Alcázar 14 feb. 1956

1 29